

AL SERVICIO DE LA MENTIRA

por RAFAEL VALDIVIESO ARIZTIA* **

“La verdad os hará libres”, nos ha dicho Cristo (Jn. 8, 32). Siendo así, quiere decir que jamás antes se halló el mundo más esclavizado que en estos tiempos, pues los medios de comunicación que el hombre creó y que gracias a su ingenio y empeño perfeccionó y difundió hasta darles cobertura planetaria, se han puesto, salvo muy contadas y honrosas excepciones, al servicio de la mentira.

Durante años había sido, éste, un fenómeno de fácil comprobación, para cualquier observador más o menos acucioso de la prensa, la radio y la televisión mundiales. Ahora, no obstante, tras la visita del Santo Padre a nuestro país, se ha transformado en un hecho palpable hasta para los más rudos, desaprensivos e ignorantes. Y como se ha insistido, también últimamente y con toda propiedad, en que la reconciliación si bien perdona, perdona en la verdad, parece imprescindible —cuando queremos lograr tan noble meta— señalar a los mentirosos y dejar en evidencia sus embustes.

Sin pretender, ni con mucho, agotar el repertorio de infundios de los “comunicadores” de éste o del otro hemisferio, he aquí unos cuantos, por vía de ejemplo, todos recogidos en la primera quincena de este mes. Por separado no constituyen novedad, pero, agrupados, la maldad ofrece toda su dimensión. ¿Qué dijo la prensa italiana mientras Su Santidad estuvo en Chile? Según *Il Messagero*, de Roma, el Papa, aparte de excluir

*RAFAEL VALDIVIESO ARIZTIA: Abogado. Secretario del Consejo de Estado. Columnista del vespertino *La Segunda*.

** Este artículo fue publicado en *La Segunda* los días 14 y 28 de abril de 1987.

a los sindicalistas en la misa por el mundo del trabajo celebrada en Concepción, “dejó a Santiago en llamas”; *La Stampa*, de Turín, vio a la “guerrilla en torno del Papa”, y su colega *Il Giornale*, de Roma, advirtió “casi una masacre durante la misa del Papa”, describiendo ambos así, desde una óptica tendenciosamente tremendista, lo que fue el encuentro de los católicos de Santiago con el Sumo Pontífice en el Parque O’Higgins.

La prensa española no le ha ido en zaga a sus cofrades de la otra península. *El País* anunció la llegada de Juan Pablo II a Santiago con el siguiente titular: “El Papa en el infierno”, y señaló, como causa fundamental de la violencia desatada en el ya nombrado parque, “la presencia masiva y la actuación de la policía”. Recordemos que esta última concurrió sin armas y con el solo propósito de colaborar con los guardias laicos. *El País* puede, sin embargo, aducir una atenuante con respecto a este punto preciso, cual es que una agencia informativa instalada en Chile desde hace décadas (UPI) atribuyó los incidentes al deseo de la concurrencia de “acercarse hasta el altar para poder apreciar mejor al Pontífice, ya que existían obstáculos que se lo impedían” (!).

El lector bien puede preguntarse: ¿acaso esos medios son comunistas? No necesariamente; ¿o es que están vendidos? No todos, ni siempre; ¿son entonces manipulados por intereses que permanecen en la penumbra? Esto es más probable, quizás seguro, porque el espacio ocupado hoy por las comunicaciones masivas es el campo donde se libran las grandes batallas por la hegemonía mundial. El manejo de las informaciones es hoy, para los estrategos de esta guerra sin término ni fronteras, el instrumento fundamental. Un experto como Sefton Delmer, que dirigió la propaganda radial británica durante la última guerra, ha escrito: “Las informaciones, cuidadosamente escogidas y hábilmente presentadas, constituyen la más poderosa arma subversiva existente”.

Roger Mucchielli, otro perito en la materia, señala en su

libro “La subversión” distintos métodos para manejar las noticias, que van desde la publicación, aparentemente objetiva, pero hecha con tal maña, que el lector sólo puede llegar a la conclusión perseguida por el cronista, hasta la difusión de hechos falsos, cuya verificación queda totalmente fuera del alcance de los lectores. En estos manejos no se vacila en apelar al fraude y a la falsificación. Tengo a la vista una nota aparecida poco ha en *El Tiempo* de Bogotá, que comenta un boletín noticioso difundido por la televisión de Cali, con imágenes de la policía “chilena” reprimiendo violentamente una manifestación de “estudiantes santiaguinos”. Lo cierto es que estos últimos resultaron ser —una vez analizado el video— estudiantes polacos apaleados por la policía de Varsovia.

El Código de Ética de nuestro Colegio de Periodistas establece que “el periodismo y los periodistas deben estar al servicio de la verdad”. Los aludidos en las líneas anteriores están al servicio de la mentira. No los condeno. ¿Para qué? Sólo les digo: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo... Este era homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira” (Jn. 8, 44). Esta, hermanos, es palabra de Dios.

INFORMACION PERVERSA

Ya me he referido al tema antes, pero debo volver a hacerlo. La verdad es que resulta imposible permanecer indiferente ante la perversidad (no puede ser otro el término) con que se informa acerca de Chile en el exterior. Nuestro público lector está ya familiarizado con la palabra “desinformación” y aunque el concepto que de ella tiene sea quizás un tanto vago, no se le escapa que define todo un sistema encaminado a desorientar en la transmisión y difusión de noticias, a sembrar la duda y la sospecha y, en resolución, a engañar a la gran masa y a condicionar sus reacciones como si se tratara de los perros de Pavlov.

En el caso de Chile, debe señalarse que se ha llegado a los más extremos grados de impudicia. Las distintas técnicas desinformativas contienen, normalmente, algún grado de verdad, pero, en lo que a nosotros concierne, se ha desistido ya de todo afán al respecto, para descansar exclusivamente en la mentira. Imagino que el razonamiento, tras una década larga de propaganda negra, es muy simple: ¿para qué esforzarse en disfrazar o adulterar los hechos, si los medios acogen, imprimen, transmiten y difunden lo que se les manda? ¿Para qué, si mientras más monstruosos y esperpénticos son los despachos, mejor venta tienen?

Ni siquiera se preocupan de ser lógicos o tan siquiera coherentes. Tomemos, por ejemplo, un largo reportaje aparecido en el cotidiano *El País*, de Madrid, hace unos meses. Son varias páginas destinadas a convencer al lector de que Chile es “un infierno”. Profusamente ilustradas, además; pero aquí viene lo desconcertante: las fotografías nada tienen de infernales: tres exhiben a un público eufórico, viviendo a Pinochet; cuatro a grupos de adultos o de niños entregados a diversos pasatiempos; las restantes podrían considerarse críticas, si bien sólo muestran a un grupo de carabineros (Fuerzas Especiales) en pacífico desplazamiento; a la casa de los presidentes construida en Lo Curro, y a unos tres recolectores de papeles. La crónica gotea mala leche por todos los poros, pero eso no impide que en ella se lea: “Es iluso pensar que Pinochet se mantiene solo. Un fuerte porcentaje de la población ve en él a su salvador”.

Sigamos con otra joya española: el semanario *Cambio-16*. La información dedicada a la visita de S.S. Juan Pablo II es, también, un modelo de embustes. Con todo desparpajo afirma: “Casi todos los actos del Pontífice se transformaron en manifestaciones de protesta”, y, no contentos con tamaña mentira, sus redactores suponen que los chilenos “por religiosidad, curiosidad o rabia, salieron a ver al Papa polaco” y que “las organizaciones de izquierda aprovecharon la gente en la calle y le dieron a la

visita un cariz popular y de protesta”. Es exactamente lo que las organizaciones en cuestión hubiesen deseado que ocurriera, para lo cual desplegaron sus mayores esfuerzos, pero es precisamente lo que no aconteció, circunstancia que, con ser muy concreta y comprobada por millones de chilenos, no fue obstáculo para mentir.

¿Mentira, digo? Me quedo corto. Pues más bien parece delirio si continuamos leyendo: “la Biblia ensangrentada del padre francés André Jarlan” se convierte más adelante, de un párrafo a otro, en reliquia de “un obispo asesinado”. Así como asciende la jerarquía de la víctima, sube también la jerarquía de la patraña. Y en boca del sacerdote jesuita José Aldunate Lyon —“el más viejo de los curas obreros” según la revista— se pone la siguiente frase: “No hubo un régimen que haya perseguido más a los sacerdotes que el del general Augusto Pinochet”.

Según permiten verlo todas las citas precedentes, el tipo de información de que ellas son otras tantas muestras nada tiene que ver con los testimonios sesgados (vulgo tendenciosos) ni con los reportajes interpretativos ni con los ángulos muy personales desde los que puede apreciarse un hecho. Se trata simplemente de falsedades, de adulteración grosera de los hechos, de burdas invenciones de pe a pa. Resulta lícito, entonces, calificar tales informes de perversos.

Lamentablemente, por muy perversos que sean, es lo que la mayoría de los editores esperan o piden, es “lo que vende”, lo que está en onda, lo comúnmente aceptado. Si se informa lo contrario —es decir, la verdad— lo probable es que la crónica o foto quede en el archivo y que el autor, periodista o fotógrafo sea lanzado a las tinieblas exteriores. Debe felicitarse, entonces, a *Le Figaro* (magazine) por haber informado en su última edición con honestidad acerca del viaje papal a Chile. Decir hoy la verdad, en un ancho sector de la prensa mundial, es anormal.